



La Lectura Popular



La copa de oro

El arrepentimiento es hijo del cielo, ha dicho Massillon, y en efecto, del cielo descendiendo este precioso beneficio de la misericordia divina, que por sí solo ha producido esos portentos admirables de que nos habla la historia del corazón humano, en los cuales la gracia divina los transforma milagrosamente inspirando el ejercicio de la penitencia ó los actos de caridad que asombran. Así vemos todos los días esos cambios admirables en las almas muertas para la gracia, que surgen á la vida eterna á la voz de la inspiración celeste, como Lázaro se levantó del sepulcro á la voz de Jesús.

Como prueba de lo que puede el arrepentimiento y de como premia Dios las obras de caridad hechas por su amor, voy á transcribir una preciosa leyenda que, aun cuando está basada en la ficción, no por eso deja de tener un gran fondo de verdad, puesto que la leyenda es la fé poetizada.

*

En una humilde choza situada en despojado vivía un pobre campesino que, con el corto jornal que su trabajo le proporcionaba, no tenía lo suficiente para mantener á su numerosa familia. Como era de esperar, llegó un día en que no tuvo ni aun pan para dar de comer á sus siete hijos de corta edad, ni con que abrigar al octavo que iba á nacer. Era un cuadro verdaderamente lastimoso y triste el que se ofreció á la vista de aquel padre el día á que nos referimos. Los pequeñuelos le cogían de las manos, se le agarraban á la ropa ó se echaban en sus brazos, pidiéndole pan entre gritos y sollozos con esa insistencia tenaz é irresistible que produce el hambre, mientras que su esposa suspiraba y lloraba en silencio, tendida sobre un montón de hojas secas en el rincón más apartado de la cabaña.

El corazón de aquel infeliz padre se desgarró al presenciar aquella escena desoladora, se siente sin fuerzas para resistir tanta desventura, y loco, frenético por el dolor se deshace dulcemente de sus hijos que le asediaban hambrientos y huye de su casa como un insensato, internándose en un bosque de las cercanías.

—Aquí,—pensaba él,—si no hallo nada que comer, sorprenderé al menos á las fieras en sus guaridas y les disputaré la presa que devoren; soy capaz de todo por salvar la vida á los hijos de mis entrañas..

Caminó casi todo el día sin resultado alguno, hasta que al caer de la tarde, fatigado y abatido, se encuentra á la entrada de una cueva oculta en lo más intrincado del bosque. Penetra resuelto en ella, y ape-

nas da algunos pasos cuando tres hombres se arrojan sobre él amenazándole de muerte si hace resistencia.



El pobre campesino, sin inmutarse, se deja llevar al interior de la cueva, que era una gran guarida de malhechores; y conducido á la presencia del capitán que le interroga, contesta:

—Sin amigos, sin recursos, he huido de mi casa desesperado, porque no tengo pan que dar á mis siete hijos, ni envoltura para el que va á nacer, y no puedo verlos morir de hambre y de miseria.

Había tal sinceridad en las palabras del infeliz campesino, tal expresión de verdad, tal acento de amargura en sus frases, que el capitán, por primera vez en su vida, se compadece del desdichado, y en medio del asombro de su gente que no podía explicarse el cambio de su jefe, manda que se le deje en libertad, que le den provisiones, un bolsillo de dinero y un caballo, encargándole que le avise cuando nazca su hijo, porque quiere ser padrino en el bautizo.

Rebosando el corazón de alegría, el pobre campesino besa las manos de su bienhechor; monta á caballo y vuelve apresuradamente á su casa, donde halla á un hijo más. Distribuye las provisiones entre sus hijos hambrientos, cubre la desnudez del recién nacido, y regresa otra vez á dar noticias al capitán, que le ofrece estar aquella misma noche en la iglesia de la cercana aldea para cumplir su promesa. En efecto: dos horas después, se dirige á la parroquia y se encuentra al capitán disfrazado de campesino que saca al niño de pila regalándole un bolsillo lleno de oro.

Algun tiempo después muere el niño, como mueren los ángeles en la tierra, con la sonrisa en los labios y la inocencia en el corazón; y asciende su alma pura y sin mancha al cielo, cuyas puertas apresúrase á abrirle san Pedro.

El niño al contemplar desde los umbrales del cielo los resplandores deslumbrantes de la gloria de Dios, al escuchar los ecos dulcísimos de las voces angélicas que entonan el *Hossanna*, acompañados de melodías inauditas, al sentir glorificada su alma con la posesión de la verdad y con el amor del Espíritu Santo, comprendió en un instante toda la plenitud de la felicidad que le aguardaba y que debía á su padrino, y á impulsos de una admirable generosidad se detiene á la entrada y dice:

—¿Dónde está mi padrino? porque yo no debo disfrutar de tanta felicidad sin ir acompañado de mi bienhechor.

—¿Quién es tu padrino?—le pregunta san Pedro.

—Un capitán de ladrones,— contesta con sencillez el niño.

—Entra tú,—le contesta sonriendo el santo Apóstol,—que en cuanto á tu padrino, ya veremos.

El inocente niño se llena de tristeza é insiste en permanecer á la entrada mientras no le acompañe su padrino que le hizo cristiano y heredero del cielo.

La Santísima Virgen, que acierta á pasar por allí, viéndole tan afligido le pregunta cariñosa:

—¿Por qué no entras, ángel mío?

—Sin mi padrino no,— replica sollozando el niño.

San Pedro entonces explica á la Virgen quién es el padrino, y el por qué no puede ser recibido en la mansión de los justos.

Al escuchar estas razones, el niño se arrodilla, y juntando sus manecitas suplicantes, dice entre lágrimas:

—Madre de las misericordias, compadeceos de mi padrino y dejadlo entrar conmigo en el cielo.



La Virgen sonríe dulcemente y se aleja un poco para volver al instante con una copa de oro en sus manos.

Toma,—dice al niño,—vé á buscar á tu padrino y dile que llene esta copa de lágrimas de arrepentimiento, y si la trae llena podrá entrar contigo.

El generoso niño vuela anhelante con

la copa en sus manos, y desciende á la tierra en busca de su bienhechor.

El bandido estaba durmiendo sobre sus armas, y al despertarse sobre saltado, ve junto á el un hermoso niño rodeado de resplandores, con alas de plata y una copa de oro en sus manos.

—¡Qué sueño tan venturoso!—murmura el bandido entre temeroso y confuso.

—No, nosueñas,—le contesta el niño;—lo que estás viendo es pura realidad. Yo



soy tu ahijado. Al sacarme de pila me has proporcionado la felicidad eterna, y en agradecimiento vengo á buscarte para que participes de ella.

Y le refiere todo lo sucedido, describiéndole con indecible entusiasmo la suprema dicha que le aguarda si se arrepiente de sus culpas: le pinta con exactitud pasmosa la gloria de Dios, el amor de los justos, la paz del corazón y la inmensa felicidad que ha sentido en los umbrales del cielo, que él disfrutará igualmente si tiene dolor de sus pecados.

Un rayo de luz divina penetra en el alma de aquel facineroso; su corazón avezado al crimen y habituado á la crueldad, se entenece, brota el primer sollozo de su pecho y sus ojos comienzan á derramar torrentes de lágrimas.

El niño entonces redobla las súplicas, renueva la descripción de las delicias del Paraíso, recuerda la misericordia de Jesús con Dimas en el Calvario, á cuyas palabras el dolor que siente el bandido por sus culpas es tan agudo, tan penetrante, tan intenso y su arrepentimiento es tan vivo, tan profundo y tan verdadero, que se siente desfallecer y muere murmurando entre torrentes de lágrimas:

—¡Perdon, Dios mio! ¡Perdon!

El niño, que había recogido sus lágrimas en la copa de oro, vuela con ella y el alma de su padrino al cielo, donde entran los dos para gozar eternamente.

Pedro Claver y Bueno.

LAS SANGUIJUELAS DE LA CARIDAD

—Desengáñese usted amigo D. Vicente; los frailes, monjas, beatos y beatas de toda clase,

son unos holgazanes, unas sanguijuelas que viven de la sangre del pobre.

—Blasfema V. de lo que ignora, amigo Crispín. Todos los Institutos religiosos, antiguos y modernos, han sido, son y serán siempre el brazo de que la Iglesia se sirve para el ejercicio de la caridad, es decir, para poner en práctica toda clase de obras de misericordia, espirituales y corporales.

—Ellos sí que viven y engordan á expensas de la caridad.

—No diga V. tonterías. ¿Le parece á usted grande obra, no solamente de misericordia, si no de civilización, enseñar al que no sabe, difundir las ciencias y las letras?

—Ya lo creo; si no hubiese tanta ignorancia no jugarían los curas y Gobiernos con nosotros como juegan.

—Pues bien: sólo para el logro de tan grande obra ha fundado la Iglesia y funcionan en la cristiandad los *Escolapios*, de San José de Calasanz; los *Jesuitas*, de San Ignacio de Loyola; los *Dominicos*, predicadores de Santo Domingo de Guzmán; los *Clérigos*, y *Hermanos de la vida común*, de Gerardo Groot; los *Barnabitas*, que se dedican preferentemente á la instrucción de los seminaristas; lo *Somascos*, de San Jerónimo Emiliano, para los eclesiásticos jóvenes y niños; la *Congregación de Nuestra Señora*, de Pedro Fourrier, para jóvenes de ambos sexos; la *Orden de la Doctrina Cristiana*, de San Hipólito Galanti; la *Congregación del Oratorio*, de Berulle; la *de San Carlos*, para los niños pobres; los *Hermanos de la Providencia*, los *de la Caridad* y los *de las Escuelas cristianas*, de La Salle, para niños; los *Salesianos*, de Don Juan Bosco, para jóvenes desamparados, á los cuales recogen é instruyen, enseñándoles además algún arte ú oficio; para niñas las *Escolapias* las *de Jesús y María*, las *Salesas*, las *de Nuestra Señora del Loreto*, las *Hermanas de la Doctrina Cristiana*, de Vabelot; las *Hermanas de la caridad*, de Rosmini; las *Carmelitas de la enseñanza*, etc., etc., porque sería cuento de nunca acabar hacer mención de todos los Institutos religiosos de hombres y mujeres consagrados á la enseñanza y á la difusión de la ciencia.

—¡Caramba! ¡Qué memoria tiene V., D. Vicente.

—Pues, según Keller en un libro que publicó aquel año, las Congregaciones religiosas instruían en 1880, sólo en Francia, á 2.209.919 niños, y prestaban sus auxilios á 200.700 personas, distribuidas de la siguiente manera: en los hospicios y hospitales, 114.259; en las casas de huérfanos ó de obreros, 60.265, en las llamadas casas de refugio, de preservación y de corrección, 11.815, y en los asilos de dementes y sordo-mudos, 14.361. De manera que son incalculables los beneficios que debía Francia á estos religiosos, consagrados á la educación y socorro de dos millones y medio de sus habitantes más necesitados.

—Todo eso es muy bueno, pero Vds. saben mejor que yo que dame pan y dime tonto, y yo no sé que los curas, frailes y beatos, hayan hecho nunca nada, ni menos hagan ahora,

por nuestros cuerpos miserables. Ellos sí que están reventando de salud y de gordos, mientras nosotros perecemos de miseria y de hambre.

—Pues aparte de que no de sólo pan vive el hombre, como muy bien sostenía el otro día D. Vicente (contestó Juanito), V., amigo Crispín, aunque es zapatero, sobre este particular no sabe en donde le aprieta el zapato, porque los Institutos religiosos de hombres y mujeres, seculares y regulares, eclesiásticos y laicos, se han anticipado á casi todas las miserias y enfermedades de alma y cuerpo que aquejan á la humanidad doliente.

Casas-cunas, salas de asilo, talleres de aprendizaje, patronatos de aprendices, casas de huérfanos, colegios de sordo-mudos y ciegos, casas de locos hospitales para toda clase de dolencias, las más nauseabundas y contagiosas inclusive, hospicios para ancianos, convalecientes é incurables, casas correccionales, colonias agrícolas, Conferencias de San Vicente de Paúl casas de retiro y arrependidas, beneficencia domiciliaria, asistencia de enfermos en sus propias habitaciones, Hermanos de la Paz y Caridad para asistir hasta el último terrible trance á los ajusticiados, redención de cautivos, salvamento de naufragos, compra de niños condenados á segura muerte, montes de piedad, velas y enterramiento de difuntos.... ¡qué sé yo!... Desde que el hombre abre los ojos á la luz del día hasta que los cierra para siempre, la caridad cristiana, ejercitada sin cesar por los Institutos religiosos, le sigue y hasta le persigue, con maternal solicitud y sin abandonarle un punto, para endulzar las amarguras naturales de su peregrinación por este valle de lágrimas.

Los que hablan mal de los institutos religiosos, no saben lo que se dicen.

(Apostolado de la prensa.)

RECUERDOS DE LA PORCIÚNCULA

En el mes de Octubre de 1221, en una de esas templadas noches de otoño que sólo ocurren en Umbria, retiróse San Francisco al fondo de una gruta que había como á cincuenta pasos hácia oriente del convento de la Porciúncula, Tenía en sus manos el crucifijo, y en el suelo, junto á sí una calavera. En el momento en que Francisco rogaba más fervorosamente por la conversión de los pecadores, oyó una voz, como de ángel, que le gritaba: «¡Á la capilla, Francisco, á la capilla!» Corrió el Santo á Nuestra Señora de los Ángeles y allí le hirió la vista un espectáculo jamás oído. Sobre el altar, encima del Tabernáculo y rodeado de una claridad sobrehumana, estaba el Verbo hecho carne, el Dominador de los dominadores, resplandeciente de gloria y radiante de hermosura, sí, porque en vano sería buscar un término de comparación en este mundo infeliz, donde el esplendor de lo bello tan desvanecido y desnaturalizado y tenue é impuro se nos pre-

senta. Digamos solamente que tenía su rostro la eterna frescura de la juventud unida á la gravedad de la edad madura; que su mirada, fija en Francisco, tenía una incomparable suavidad, y que sus labios rebolaban una mansedumbre infinita. Tenía á su derecha á María, su gloriosa Madre, y al redor una multitud de divinos espíritus. El inefable resplandor que iluminaba todo el templo no tenía la vista como la luz del astro-rey, sino que, viva á la vez que suave atraía la mirada, que en ella se bañaba deliciosamente.

Nuestro Santo, trasportado de júbilo, se prosternó en tierra y adoró como los ángeles. «Francisco, ya sé el celo con que tú y tus hermanos procuráis la salvación de las almas, le dijo el Unigénito de Dios. En recompensa pide para ellas, y para gloria de mi nombre, la gracia que descés, y yo te la concederé, que te hedado al mundo para que seas luz de los pueblos y apoyo de mi Iglesia.» Animado por tan bondadosas palabras, Francisco se atrevió á hacer esta súplica: «Dios tres veces santo, pues que he encontrado gracias á tus ojos, aun cuando no soy más que ceniza y polvo y el pecador más miserable, te juro, con todo el respeto de que soy capaz, á que te dignes conceder á tus fieles esta gracia singularísima: que todos los que, confesados y contritos, visiten esta iglesia, ganen indulgencia plenaria y obtengan el perdón de todos sus pecados.» Y volviéndose hácia la Virgen, siguió de este modo; «Ruego á tu bienaventurada Madre María, abogada de los hombres, que defienda mi causa con tigo.»

¡Oh admirable escena, que ni la pluma del literato ni el pincel del artista han sabido reproducir jamás! Intercedió María, y Jesús, que nada puede negar á su Santísima Madre, volvió amorosamente los ojos hácia ella y luego hácia su siervo, á quien habló con estas palabras: «Mucho es lo que pides, Francisco; pero todavía has de obtener favores más grandes. Te concedo la indulgencia plenaria que solicitas, mas á condicion de que la confirme y ratifique mi Vicario, que es el único que tiene en la tierra poder para atar y desatar.» Dichas estas palabras, desvaneciéndose la vision, yendo Jesús, acompañado de su bienaventurada Madre y la angélica corte al inaccesible santuario donde reside la augusta Trinidad.

Así que comenzó á clarear el día partió San Francisco para Perusa, donde se encontraba á la sazón Honorio III. «Santísimo Padre, le dijo con aquella su encantadora sencillez, reparé hace unos pocos años un santuario pequeño que está en vuestros dominios y dedicado á la Madre de Dios, y vengo á suplicar á Vuestra Santidad que le enriquezca con una indulgencia valiosa, que se ganesin obligacion de hacer limosna.»—«Con sientto, respondió el Papa; pero dime cuántos años de perdón son los que solicitas.»—«Señor, no me dé Vuestra Santidad años, sino almas.»—«Almas! ¿pero cómo?»—«Deseo, si Vuestra Santidad lo aprueba, que cuantos a-

repentidos y absueltos entren en la iglesia de Nuestra Señora de los Ángeles, obtengan la remision de todos sus pecados en este mundo y el otro.»—«Eso que me pides es mucho y nunca fué concedido.»—«Pues por eso no lo solicito en nombre mio, sino en el de Jesucristo, que es el que me envía.» Oyendo lo cual, dijo tres veces el Pontífice:—«En nombre de Nuestro Señor, plácenos acordarte la gracia que solicitas.»

Dos años despues de la primera aparicion, cierta helada noche de invierno (sucedió esto en Enero de 1223), hallándose Francisco haciendo oracion en una celda contigua á la capilla de Nuestra Señora de los Ángeles, y azotándose sin compasion su inocente carne el demonio, que vela sin cesar por la perdicion de las almas, se le presentó en figura de un ángel de luz y le dijo: «¿Por qué consumes tu juventud en vigiliás, ayunos y penitencias? ¿No sabes que el sueño es el gran reparador del cuerpo? Créeme conserva tu vida á fin de poder servir á Dios más tiempo.» Francisco descubrió inmediatamente el engaño de que el demonio lo queria hacer víctima, y saliendo apresuradamente de la celda, se quitó el hábito, y llevado de la sed de inmolation, que es siempre la señal de la victoria y la mejor virtud del amor, revolcóse en la nieve y se restregó en un zarzal lleno de espinas, diciendo á su ensangrentado cuerpo: «Más vale sufrir estos dolores por Jesucristo que ceder á los pérfidos halagos de la serpiente.» Apénas acabó de realizar aquella heroica accion, cuando vió que la naturaleza se trasformaba á su lado. Ródeale una suavísima luz; las zarzas ensangrentadas se llenan de rosas blancas y encarnadas, símbolo de la pureza y caridad de nuestro Santo; los ángeles le cubren con una vestidura más blanca que la nieve, tejida, sin duda, en el misterioso taller donde se pintan los lirios del valle, y una voz armoniosa, junto á la cual no eran nada las músicas de los hombres, le dice así: «Francisco, apresúrate á ir á la iglesia, porque allí te aguardan el Redentor y su Santísima Madre.» Tomó Francisco veinticuatro rosas, doce blancas y doce encarnadas, y fué á la capilla por un sendero que le pareció cubierto de sedosas alfombras.

Allí estaba Jesucristo en un trono de luz; á su derecha la Reina del cielo, y millares de ángeles en derredor. Francisco, despues de una profunda adoracion; ofreció á Jesús, por mano de María Santísima, las rosas que había traído. «Francisco, le dijo el Unigénito del Eterno, por qué no tributas á mi Madre el homenaje que le tienes prometido?» Conoció el Santo que se trataba de las almas que habían de santificarse con la indulgencia de la Porciuncula, y así fué que le respondió con el acento de la confianza filial más grande: «Dios tres veces santo, Señor de cielos y tierra, Redentor de los hombres, en tu infinita misericordia y por amor de tu gloriosa Madre, dignate fijar el día en que se ganará la indulgencia plenaria con que has querido enriquecer esta iglesia.»—«Quiero que ese

día de perdón comience con las primeras visperas de aquel en que rompí las cadenas de Pedro, príncipe de mis apóstoles, y concuya á la puesta del sol del día siguiente.»—«Señor, ¿y cómo darán los hombres fe á mis palabras?»—«Nada temas, Vé nuevamente á buscar al que es Vicario mio en la tierra para que publique esta indulgencia; lo demás lo hará mi gracia.»

En este misterioso diálogo entre el Criador y la criatura, la paz quedó devuelta á la tierra. Los coros angélicos entonaron el *Te-Deum* en accion de gracias, y la vision desapareció.

Nuestro Santo, siempre dócil á las órdenes del Señor, partió al día siguiente para Roma acompañado de tres religiosos que habían sido testigos del suceso, Pedro Catanio, Bernardo de Quintaval y Angel de Rieti. Llevaba consigo seis de las rosas del milagro, tres blancas y tres encarnadas, en honor de la Santísima Trinidad. Puesto en la presencia del Papa en el Palacio de Letrán, refirió con extrema sencillez la maravillosa vision y presentó su ramillete de rosas como irrecusable prueba de la verdad de cuanto referia. Considerando Honorio lo fresco, hermoso y perfumado de aquellas flores en estacion tan impropia (ya hemos dicho que ocurrió esto en el mes de Enero), y admirando más todavía la santidad de Francisco, accedió á su peticion. Fijó el 2 de Agosto para poder ganar aquella gran indulgencia, y ordenó á los Obispos de Ásis, Perusa, Todi, Foligno, Nocera, Espoleto y Gubbio que la anunciasen solemnemente al día siguiente á la fiesta de San Pedro ad Víncula y que consagraran la capilla de Nuestra Señora de los Angeles.

Fr. L. Cheranc.

VARIEDADES

EL FRAILE

Hombre mortal que brillas
en la aureola de Dios como una estrella
yo soy el fraile que en tu burla humillas
yo levanto la cruz... yo muero en ella...!

Yo soy su misionero
yo soy su combatiente solitario,
todas las sendas sobre el mundo entero
son para mi la senda del Calvario.

En la cuna inocente
donde tu ensayas tu primer respiro
pongo el sello de Dios sobre tu frente,
y en el lecho doliente
donde exhalas el último suspiro
de la vida precaria
yo aliento tu partida

te enseño el rumbo de la eterna vida
y te levanto al cielo en mi plegarial
Cuando tu pecho late
bajo la noble cota del soldado
yo te sigo á la brecha del combate
con la sandalia en mi pié llagado;
y entre el humo y la sangre y la metralla

que ocultan á los cielos tus despojos,
te hago besar la cruz en la batalla,
y te cierro los ojos.

¡Y yo también en la existencia triste
soy soldado de Cristo sobre el mundo!..
Bajo la saya que mi cuerpo viste

llevo el alma divina
llevo la cruz sagrada

que las tribus caribes ilumina:

¡la cruz mas poderosa que la espada!

¡La Cruz, que guarda en el hogar pater-
la fé sublime en que tu amor reposa; [no

la Cruz, dond  repite el niño tierno
la oración de la madre y de la esposa!

¡La Cruz que en el regazo
de la sagrada tierra

que las cenizas de tu padre encierra,
cubre tus hijos con su eterno abrazo!

Cuando las hordas bárbaras rugieron
y á la sombra de Atila se lanzaron
y la espantada Europa sorprendieron
y entre sus propias ruinas la abismaron,

el Fraile moribundo

hasta en las Catacumbas perseguido,
salvó en las Catacumbas escondido

el progreso del mundo.

La ciencia, el arte, la verdad, la historia,
la civilización, que alza en su huella

el hombre hasta la gloria,

al resurgir la Cruz renació en ella!

¿Qué fué en un tiempo tu mansión pater-
que fué el hogar donde tu amor sonríe [na

que fué tu patria entera

donde hoy sus pasos el progreso estampa?
Antes de alzar mi Cruz ¿sabes lo que era?

¡el salvaje desierto de la Pampa!

¡Yo caigo en él! Soy el primer cristiano
que recibe del bárbaro la flecha

y abre en sus hordas la primera brecha
al pensamiento humano!

Y sobre el rastro de la sangre mia
con que el desierto indómito fecundo,
tiende la libertad la férrea vía
por donde cruza el porvenir del mundo.

¡Yo caigo en él! ¿qué pierdo
en la vida de glorias rodeada,

cuando la muerte mi pupila cierra....?

¿Qué puede sollozar en mi recuerdo....?

El pedazo de piedra

que me sirvió de almohada

y el mendrugo de pan con que la tierra
alimentó mi paso en mi jornada!

Sobre la huesa mia

en el mundo feliz, solo un lamento
viene á llorar bajo la noche humbría....

¡el gemido del viento!

Caigo bajo la Cruz con que combato
por la gloria del hombre eternamente;
y ahora mundo ateo, mundo ingrato,
escúpeme en la frente!

Frag. de Ricardo Gutierrez.

Otro progreso

Hace poco hablabamos del descubrimien-
to en Barcelona de seis fabricas de café, fal-
sificado. Pues ahora se ha descubrió otra
de azucar de *pega* perfectamente imitada á
la natural pero que Dios sabe el efecto que
hará en las tripas de los consumidores. Se
trata de un preparado de sustancias amila-
ceas, especialmente maíz y trigo que á fuer-
za de legías fuertes y manipulaciones quími-
cas se convierte en una materia dulce que
parece azucar pero que no lo es.

Azucar falsa, café falso, manteca falsa, ha-
rina falsa, leche falsa, aceite falso, y hasta
huevos falsos, pues hasta los huevos se falsi-
fican. Por este procedimiento llegará día en
que al sentarnos á la mesa tendremos que
dirijir á Dios la siguiente oracion contra la
química.

«¡Oh Dios, cuya omnisciencia todo lo ve
dignos dirigir una mirada sobre los ali-
mentos que tenemos á la vista cuyas adul-
teraciones son tantas que no cabe defender-
nos de ellas, y danos instinto como á la
rata para contrarrestar los progresos de la
química y descubrir los venenos con que
el prógimo trata de quitarnos la vida para
hacerse rico á costa de nuestro pellejo. Que
vivas y reinas etc.

A esto conducen los adelantos de la cien-
cia cuando no van acompañados de los a-
delantos de la moral.

La masoneria y la libertad

En la última asamblea general masónica
celebrada en Paris, se tomó entre otros el
siguiente acuerdo:

«Es deber ineludible de todo mason miem-
bro de algun municipio el reclamar y votar
la supresion de todo subsidio al clero, fisca-
lizar la gestion de los bienes eclesiásticos y
procurar por todos los medios posibles la en-
señanza laica é impedir toda manifestacion
del culto católico.»

Tambien hemos leído nosotros en otro pe-
riódico de Venezuela, la siguiente enmienda
presentada por las sectas á la constitucion
de aquel país.

«Queda garantido el derecho de libre aso-
ciacion y reunion para todos los fines de la
vida á escepcion del de las órdenes religio-
sas así de monjas como de frailes.»

No puede verse ya con más claridad lo
que es la libertad masónica.

La libertad del lobo para comerse al cor-
dero.

Por los pobres

Al Rdo. Obispo de Oviedo se debe la intro-
duccion de las *tiendas-asilos* en la Capital
del Principado de Asturias, Segun los perio-
dicos de aquella capital se han distribuido
en poco tiempo cien mil raciones, y la insta-
lacion recibe cuantiosos donativos y se ha-
ce cada dia mas popular.

Los católicos siempre los mismos.

Un italiano de buen corazon, Bartolo Lon-
go, acaba de fundar en Pompeya una insti-
tucion caritativa que merece fervientísimos
elogios. En una casa modestísima que se sos-
tiene exclusivamente con las limosnas de los
católicos, son recogidos los hijos de los indi-
viduos condenados á prision, con objeto de
hacer de ellos buenos cristianos y obreros
honrados y aficionados al trabajo.

Pietro Barbaro, el ilustre director de la
Libera Parola, ha salido al encuentro de la
Gazzetta y á la defensa de la nueva institu-
cion con una serie de artículos que en Ita-
lia está llamando profundamente la atencion
y ha sido motivo para que muchísimas per-
sonas que desconocian la obra fundada por
Longo, se hayan apresurado á suscribirse pa-

ra su sostenimiento por cantidades conside-
rables.

Verdadera igualdad

«Con motivo del Jubileo del Papa se ren-
cieron algunos herreros con objeto de feli-
citar ellos tambien á Su Santidad. Así lo hi-
cieron enviando un mensaje á su manera,
creyendo que pasaría inadvertido entre
otros de personas más importantes. Mas la
alegría de aquellos honrados obreros ha si-
do inmensa al recibir, pocos días ha, una
afectuosa contestacion firmada por el Car-
denal Rampolla, probándoles que en Roma
se estima tanto el voto de los humildes co-
mo el de los potentados.»

¡Adelante!

Resumen de los trabajos realizados duran-
te el 2.º trimestre del año 93 por la *Asocia-
cion central de Padres de familia, contra la
inmoralidad.*

| | |
|--|--------|
| Mujeres públicas recogidas | 57 |
| Ingresadas en el asilo de las Obla- tas. | 48 |
| Devueltas á sus familias | 9 |
| Denuncias contra corruptores de menores. | 8 |
| Libros láminas y periódicos impios é indecentes recogidos. | 32,000 |
| Denuncias y querellas contra peri- ódicos impios ó inmorales | 7 |
| Expendedores de libros pornográfi- cos denunciados y castigados | 3 |
| Denuncia contra la artista inmoral titulada <i>Bella Chiquita</i> | 1 |
| Exposicion á la arrendataria de ce- rillas para que sean retiradas de la venta las cajas con cromos indecentes | 1 |
| A los tranvías del Norte de Madrid para que supriman un anuncio escan- daloso | 1 |
| Asuntos varios particulares en que ha intervenido la sociedad en favor de la moral ó de la religion | 135 |
| No puede darse una campaña más noble ni más digna. | |

Y sin embargo los periódicos liberales la
atacan y la ridiculizan.

Hacen su oficio y cumplen su mision. Para
eso estan, para combatir lo bueno y defen-
der lo malo.

BIBLIOGRAFIA

NUEVO COMPENDIO DEL CATECISMO CRISTIA-
NO, por el teólogo y abogado D. Benito Romeo y Vidania,
con la aprobacion eclesiástica. En él se tratan los princi-
pales asuntos catequísticos y en especial los referentes á
la Bula, culto de los Santos, ayuno, indulgencias y otros
de actualidad. Véndese en Barcelona, Herederos de la
viuda de Pla; Princesa, 8. y en Zaragoza, librería de los
Señores Garcia y Comas y Tipografía del Sr. Sala á se-
senta céntimos de peseta ejemplar.

LA LECTURA POPULAR.

Esta publicacion tiene por objeto difundir gratis entre
el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola
bajo formas amenas y ligeras para que se propague
más facilmente.

La suscripcion se hace por acciones, medias acciones,
cuartos y octavos de accion.

Cada accion da derecho á recibir cien ejemplares de
cada número ó sean doscientos periódicos al mes, que el
accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, ope-
rarios, feligreses, etc., ó manda distribuir por las aldeas,
huertas, caserios, fábricas, escuelas, establecimientos
penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRICION DIRECTA.

| | |
|-----------------------|----------------------|
| Una accion. | 4 pesetas mensuales. |
| Media id. | " " " " |
| Un cuarto id. | " " " " |
| Un octavo id. | " " " " |

Dirigir la correspondencia á D. Pascual Garcia, admi-
nistrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse
tambien la suscripcion en Madrid en la administracion de
La Semana Católica, Bolsa 10 y en las demás librerías
católicas.